



ISSN 2157-5223

Revista *Surco Sur*

DE ARTE Y LITERATURA

Lucila Navarrete Turrent. Es maestra en Estudios Lationamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México y doctorante en este mismo posgrado con una investigación sobre la cuentística de Virgilio Piñera. Ha estudiado figuras tan disímiles de la literatura cubana como Eliseo Alberto, Jesús Díaz y el mismo Piñera.

Analay Medero Álvarez. Graduada de Letras por la Universidad de La Habana. Colaboró en la elaboración del vocabulario de griego incluido en el libro *Introducción al griego clásico*. Actualmente se desempeña como investigadora en la Fundación Alejo Carpentier donde ha trabajado con los fondos bibliográficos de este autor y participó en la selección de los textos incluidos en el libro *Visión de Venezuela*, publicado por Monte Ávila en 2014. Presentó la ponencia "Safo de Lesbos en tres textos del Papel Periódico de la Habana", en el *XXIV Congreso de la Asociación Internacional de Literatura y Cultura Femenina Hispánica* efectuado en La Habana en noviembre de 2014. Es miembro de la *Latin American Studies Association*.

Mónica Simal. Profesora asistente en Providence College, Providence, Rhode Island. Enseña cursos de literatura caribeña y de español como lengua. Su investigación está enfocada en el estudio de la obra de los escritores de la llamada "Generación del Mariel" entre los que se encuentran, Reinaldo Arenas, Carlos Victoria y Guillermo Rosales.

Carlos Velazco. (La Habana, 1985) Licenciado en Periodismo en 2009 por la Universidad de La Habana. Coautor de *Sobre los pasos del cronista* (2011), *Tiempo de escuchar* (2011), *Buscando a Caín* (2012), *Hablar de Guillermo Rosales* (2013) y *Chakras. Historias de la Cuba dispersa* (2014). Preparó la selección de textos *José Martí: el ojo del canario* (2011), sobre el filme de Fernando Pérez, y compiló los cuentos de René Jordán en *La angustia del sábado* (2015).

Matthew S. Wilkinson. Department of World Languages University of South Florida. Estudiante de Maestría de Español. Sus campos de investigación son las cantautoras latinoamericanas y las intertextualidades de la Biblia en la literatura contemporánea.

Autores

Álvaro Sánchez Aguilar. Estudiante de periodismo en la Universidad de Málaga, España. Ha publicado artículos en el periódico "La Opinión", de Málaga.

José Antonio Michelena. Cuba, 1947. Editor, crítico y periodista. Publicó *Algunos pelos del lobo. Joven poesía cubana*, Instituto Veracruzano de Cultura, 1996 y *La crítica literaria cubana en el fuego de dos siglos*, 2010. Editor de antologías de poesía y narrativa. Ha publicado textos literarios y periodísticos en libros y revistas de Cuba, España, Inglaterra y México.

Juan Cueto Roig. Cuba. Poeta, narrador y traductor. Vive en los Estados Unidos desde 1966. Ha sido parte de los equipos editoriales de las revistas *Latino Staff Review* y *Decir del Agua*. Ha publicado los libros: *En la tarde, tarde* (poesía, 1996); *Palabras en fila, en clase y en recreo* (poesía, 2000); *Excuetos* (relatos, 2002); *Hallarás lobregueces* (relatos, 2004); *En época de lilas* (Traducción al castellano de 44 poemas de E. E. Cummings, 2004); *Verycuetos* (relatos, 2007); *Veintiún cuentos concisos* (relatos, 2010); *Constantino P, Cavafis, Veintiún poemas* (Traducidos del inglés, 2011); y *Esas divinas cosas. Tribulaciones y alegrías de un traductor* (2011).

Claudio Castillo. Cuba, 1958. Pintor cubano. Su obra se ha expuesto en ferias internacionales de arte y museos de Europa, Estados Unidos, Japón y China. Su trabajo combina técnicas de acuarelas tradicionales con las últimas tecnologías en diseño gráfico. Algunas de sus piezas son absolutamente abstractas y en otras el espectador puede reconocer cierto sentido figurativo y argumental. Actualmente radica en Miami, Florida.

Autores

María Elena Llana

Al filo de la muerte

No siempre un ladrón puede ser considerado un enemigo, siquiera sea circunstancial. En el caso de que usted se sienta cansado, desengañado, traicionado, ignorado, desahuciado, insatisfecho de usted mismo —lo que viene a ser el cómputo de los anteriores estados de ánimo, o más bien su causa verdadera—, una entrada furtiva en la casa, insinuada por un torpe tropezón y la instantánea puesta en guardia del gato, resultan el prenuncio de todas las soluciones. O la Solución.

Para evitarse el último agravio, cuando el intruso vislumbre su precariedad económica, usted simulará hacer resistencia y correrá hacia el teléfono —como si no le hubieran cortado el servicio—, mientras lanza improperios al malhechor, haciendo todo lo humanamente posible para que se abalance sobre usted con un soez viejo de mierda y ¡zas!, le aseste el golpe fatal, esperado, deseado, liberador.

Ya con un viejo —obviemos el calificativo—, tirado en el piso, en maltratada ropa interior, con la cabeza rota y sangrante, el hombre solo atinará a irse por donde vino, dejando al gato sin entender nada.

Pero usted sí entenderá. Justo en ese momento, oirá la voz del padre Juan —su maestro de quinto grado—, instruyéndolo sobre el Juicio Particular, el cual se efectúa en el momento mismo de morir y por eso se ha visto a más de una persona confesar sus pecados en un balbuceo, en ese fugaz lapso.

De acuerdo con este precepto, en el llamado postrer instante, usted aún no está del todo muerto, algo le queda por ahí adentro. Y a su mente volverá la teoría de aquel médico devenido profeta de Nueva Era, según la cual el alma se mantiene veinticuatro horas en el cuerpo y él lo constató al ver las muecas de una anciana a quien se le practicaba una autopsia, a todas luces prematura.

Eso, de cierta forma, se aviene con la arraigada creencia campesina, según la cual, cuando el muerto deja dinero enterrado su ánima se queda rondando el lugar... Aunque por supuesto, eso no tiene nada que ver con usted, un hombre de ciudad.

Claudio Castillo, *Night walker*



También recordará haber visto por sí mismo, nada de cuentecitos, cómo los sinodescendientes sostienen un funeral inmediato, mientras el espíritu se mantiene en el cuerpo —o por los alrededores—, y después, cada cierto tiempo, repiten sus homenajes ante la foto del fallecido, sin duda para ayudarlo a ganar altura.

No me venga ahora con quisquilloserías, los elogios a la antigua cultura china no se contradicen con el ritual de ponerle comida a los muertos, ¿acaso comer no es una costumbre ancestral? Además, sin duda eso los fortalece para el despegue definitivo.

Usted igualmente recuerda al amigo que al ir envejeciendo se volvió hinduista y vio como a su

esposa – más bien ex esposa pues ya lo había abandonado –, mientras estaba de cuerpo presente en la funeraria, le salía el último aliento por la chakra de la cocorotina.

No sé si “cocorotina” es la exacta traducción del sánscrito para designar el punto ubicado en lo más alto del cráneo, pero en sus actuales condiciones no debe preocuparse mucho por el idioma... ni por nada.

Sea como sea, en uso del legítimo derecho del fallecido a utilizar todo lo posible el alma que lo ha acompañado desde su nacimiento, usted se levantará, sin preocuparse del charco de sangre ni de otros estropicios dejados por el pobre asaltante; sí “pobre”, porque el infeliz sólo quería rapiñar unos pesos para bebérselos alegremente y por causa de un insolvente como usted, ahora es un prófugo sobrio y triste.

En fin, como pueda, se dirigirá al baño, encenderá la luz, se asomará al espejito sobre el lavamanos y, cuidando de no borrar las huellas del crimen, procederá a afeitarse todo lo concienzudamente que a esas alturas se lo permita el voltaje de su alma. Así, quienes se asomen a mirarlo por la ventanita del ataúd no le notarán demasiado el mal semblante del depresivo.

¿Cómo dice? No, no, el hecho de haberse quedado tan abandonado, tan olvidado – sí, todo eso –, no indica que nadie vaya a molestarse en ir a la funeraria y su capilla se quede patéticamente vacía mientras usted espera el turno para ser despachado – a toda velocidad –, sin flores ni séquito.

¡Qué va! Eso no va a ocurrir, porque una muerte violenta despierta el morbo; la gente acude a ver cuán desfigurada quedó la víctima y en su caso querrán salir de dudas pues no acaban de entender cómo un verdadero asesino se puso a perder el tiempo con un tipo como usted.

Además, piense en la reencarnación – posibilidad en la cual creen millones de personas mucho más cultas que usted –, y dígame si al dejar su actual envoltura física en tan mal estado podrá aspirar a un reciclaje que valga la pena.

Pero sigamos.

Una vez recuperado su rostro de persona decente, pobre pero honrada – una desgracia nunca viene sola –, usted volverá a tenderse en el piso de la sala. No se ponga a buscar su sillón preferido, ni mucho menos vaya a la cama, pues eso dificultaría la labor de los peritos, los pondría sobre pistas falsas, los obligaría a trabajar horas extra. Contétese con haberle arruinado la vida al ladrón, no exagere.

Y cuando apenas le quede una lucecita, un hálito o un remanente de alma por allá adentro, congratúlese. Al menos pudo ver su cara – su, de usted –, bien acicaladita y frente a frente, por última vez.

Sí, por última vez, pues cuando se le abra – metafóricamente –, la cocorotina, o cuando termine el Juicio Particular – algo así como el tribunal de urgencia del más performático Juicio Final –, entonces comenzará el gradual despegue – recuerde el velorio del chuno –, y se irá quedando allá abajo, cada vez más lejos, más insignificante, más olvidado, más desahuciado...



Claudio Castillo, Skoper

Pilar Cabrera Fonte

La vuelta

CUENTO CON TODOS

La mujer se acordó de Medea y un frío repentino le recorrió la espalda. La furia de la extranjera que traicionó todo, su familia, su tierra, todo para que el imbécil de Jasón quisiera casarse ahora con otra mujer, una princesa del país. Recordó a la anciana Dra. Stein sentada en su escritorio frente a la clase: ¿Impresiones de la lectura...? Respiró profundamente y se sentó en el borde de la cama. Hijo de puta: cabrón, hijo de puta. Lo articuló como una conclusión terminante, entre dientes, por centésima vez en aquel día. Jorgelina vio entonces su cara en la luna del espejo de la cómoda. Allí estaban todavía, entre el marco y el cristal, los retratos de la vida normal, la vida de anteaer. Fotos de los niños con sus uniformes de la escuela. Foto del cabrón junto a ella en un jardín. Ahora la quito y la hago pedazos... mañana la quito y la hago pedazos junto a todas las otras...

El cuarto estaba casi en orden. La cama sin tender, algo de ropa caída junto al clóset, un frasco de perfume roto junto a la pared. ¿Se lo tiré a la cabeza? Increíblemente en orden para ser el lugar donde se acabó un matrimonio de siete años, una relación de diez años... Qué cara, qué ojeras, debería descansar un rato... Pero cuando estaba acomodándose una almohada bajo la cabeza sonó el teléfono.

– ¿Señora González? ¡Nadie ha pasado a recoger a los niños!

– ¿Cómo? ¿De qué habla? ¡Yo le pedí a mi amiga que fuera por ellos! Ahora mismo estoy allí. Espéreme veinte minutos, por favor.

Pasó la llave a la puerta mientras con la otra mano se ponía el zapato. ¿La llamé o no la llamé? ¿Que se me olvidó llamarla...?

– Mamá, ¿a dónde está el otro cepillo de dientes?

Jorgelina le acarició la cabeza. Ella ya había pasado un mes de la furia al llanto y el niño no mencionaba al padre. Sólo a veces, cautelosamente, preguntaba por diferentes objetos desaparecidos.

– Como te expliqué, tu papá se fue unos días a vivir a casa de tu abuela porque le queda más cerca del trabajo. Y se llevó sus cosas. También el cepillo de dientes.

Los dos niños la miraron. La niña, sentada sobre el excusado, levantó la cara con expresión de aburrimiento. Se veía que la explicación no los convencía. Jorgelina se estiró el pelo que seguía despeinado alrededor de una cola de caballo medio deshecha. Fue deslizándose la espalda por la pared hasta quedar sentada en el piso. Ahí estaban los tres en pijama, como esperando algo. Un pedazo de noche en la ventana del pasillo. Dudó un



Claudio Castillo, *Puente*

momento, y luego explicó que ella y el padre ya no iban a vivir juntos, que él vivía ahora con otra mujer. Y aunque los niños lloraron esa noche, después de salir de su cuarto, cuando al fin se durmieron, sintió por primera vez algo de alivio.

– Bueno, mujer, pero no te aflijas tanto. Al fin llegaste por los niños a la escuela. Del dinero ahora no te preocupes, me lo das cuando puedas.

– Es lo que faltaba, que José pierda el trabajo ahora. Pero se fue a vivir a la playa. La mujer tiene una casa allí, parece. Menos mal que los niños se quedan con la abuela los fines de semana. La pobre está apenada de cómo se porta su hijo.

– No es para menos.

– Mi mamá me escribe que debo darle una oportunidad. Que en un momento u otro todos los hombres hacen lo mismo. Dice que lo llame y le pida que vuelva, por los niños.

– ¡Me sorprende tu madre! ¡No parece de Euslaquia! ¡Porque eso lo soportan las mujeres de este país: los cuernos, el marido con la amante, la casa chica... pero nosotras, las euslaquianas, eso no lo aguantamos! ¡Tenemos orgullo! Mira, límpiate esas lágrimas... Nos vemos mañana por la noche, como quedamos, en la reunión de la Casa de Euslaquia.

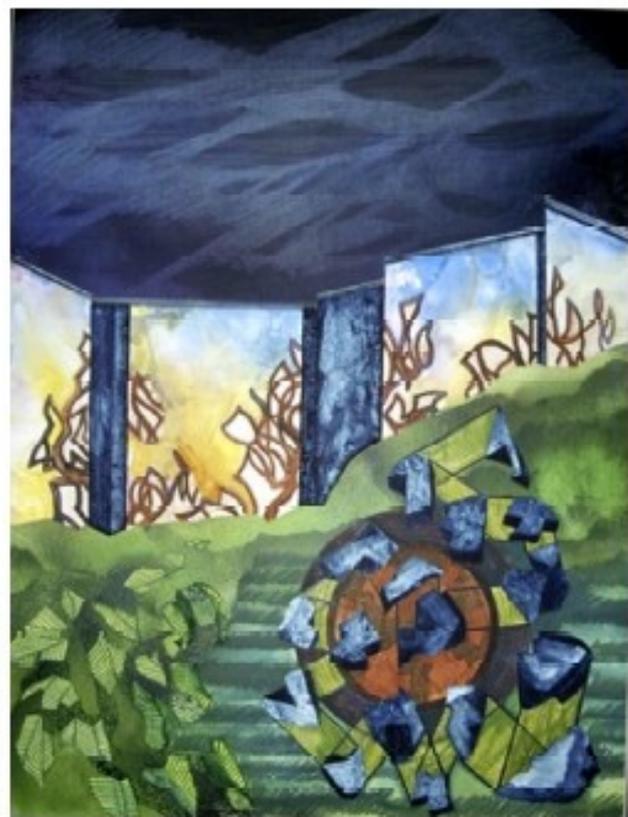
Jorgelina se quedó un rato junto a la puerta. El nombre de su país la había dejado con un dolor diferente, distinto del dolor por el hombre que acababa de perder (en realidad, el único hombre de su vida, porque aquel otro, eso no había sido nada...) Dolor por las posibilidades esfumadas, por el recuerdo del perfume de las flores en el aire del trópico, de la torre y el mar y el agua transparente de la poceta entre las rocas... Tenía que ir a esa reunión, oír el acento de sus compatriotas, oír la música de su tierra.

– Y usted... ¿está con los euslaquianos de Euslaquia o con los de Tricornia? – preguntó el taxista, examinándola por el espejo retrovisor. Jorgelina dejó pasar dos o

tres postes, que desfilaron junto al carro cubriendo por unos segundos los asientos de rayas amarillas. Por sobre el vapor de unos cuantos tragos le parecía ver la costa añil, la vegetación de un verde claro. Tenía la boca abierta para decir Euslaquia, cuando vio bailando frente a sus ojos, colgado del espejo, el pájaro representativo del escudo de Tricornia, en metal.

– Con los de Tricornia – dijo, como lo había hecho cientos de veces. Era la respuesta más segura, aunque cualquiera de las dos podía llevar a confrontaciones indeseables.

El taxista aprobó brevemente con la cabeza. Después hizo algunos comentarios sobre la locura del líder de Euslaquia, que podía llevar al mundo al exterminio nuclear y daba discursos de siete horas. Pero Tricornia y los euslaquianos allí exiliados estaban a punto de recobrar el control del país, porque habían perdido el miedo completamente y estaban mejor organizados. Por suerte unos cuantos monosílabos esporádicos bastaron para que el taxista condujera por sí mismo sus predicciones políticas, mientras Jorgelina disfrutaba unos minutos de su propio asombro escandalizado. No habían pasado muchos meses de la partida de José y ese hombre



Claudio Castillo, *Perros*



que siempre le había caído simpático estaba poniéndose realmente insistente, y a ella no le molestaba, para nada, que la invitara a bailar una pieza tras otra. Y si Edith o Marta le pedían bailar una canción, enseguida volvía junto a ella. Salía de esos abrazos mareada. Lo mejor es que no haya dicho una palabra, pero esas miradas. ¿Está esperando a que yo lo invite, a que yo? Hoy por milímetros no lo había besado. No significa nada, ningún compromiso, ni de loca pensar en qué futuro podría tener que ese hombre hermosísimo y tan joven se acostara una noche junto a ella.

— ¿Sabe qué, señor? Hay que vivir. El amor es pura chingadera — le dijo Jorgelina al taxista que se quedó sin comprender cómo había

saltado esa mujer del último intento de asesinato del líder a esa afirmación violenta. Pero tomó su dinero, le dio las gracias y le deseó buenas noches.

En este barrio rico la mañana estaba llena de cantos de pájaros. Jorgelina esperó un buen rato parada junto a la reja hasta que la anciana llegó, seguida por los niños. La casa de su ex-suegra le recordaba sus años más felices — los primeros que pasó en este país — con su jardín, lleno de rosas. Gracias a esta señora y su trabajo habían podido ir a la universidad ella y su ex... el hijo puta... pero no, Lidia, usted no tiene la culpa... (Cuando trajo a esta muchacha tan hermosa, pensé: pobre de mi hijo... ¿Quién iba pensar que iba a ser mi hijo el canalla...) La abuela se quedó en la reja diciendo adiós.

— Mamá — dijo la niña mirando por la ventana del carro. — La luna nos viene siguiendo.

— Así es, así es, m'hijita...

Había pasado casi un año y Jorgelina estaba, más que triste, cansada. Entre semana trabajaba en una oficina revisando libros de texto, y los fines de semana iba a dar masajes y limpiezas de cutis a un salón de belleza. Cuando supo que le hacía falta el dinero, la hija de su vieja maestra la llamó para que trabajara con ella. En dos días le había enseñado los secretos del vapor, la extracción de espinillas, las cremas y el masaje corporal, y la había ayudado a sacar su licencia de masajista. Pero aun así Jorgelina veía que no había más remedio que cambiarse de casa y poner a los niños en la escuela pública antes de que terminaran el curso... Había una cosa, una pequeñísima felicidad que podía confesarse. Los hombres que habían pasado por su cuarto... sólo dos, pero así todo, era el mejor sexo de su vida. Ya no le interesaba que volviera José, que de todas formas seguía en la playa con su bronceado perfecto, con la secretaria de pestañas postizas y bikini de revista, sin trabajar, sin pasarle dinero, y ni siquiera llamar a los hijos.

Pero ahora con esto. Si aceptaba todo podía cambiar. Le dijo al hombre de la embajada, déjeme pensarlo. Dejar a los niños en la misma escuela, quedarse en el mismo departamento aunque no, igual hay que buscar otra cosa. La luz roja del reloj sobre el buró, números absurdos que anuncian que mañana será un día terrible. Voy a decirle que sí. Se dio la vuelta hacia el lado de la ventana. El farol iluminaba flores de líneas curvas en la tela de la cortina. Cada cierto tiempo el ruido de los autobuses por la avenida. Cerrar un poco la garganta, el aire al salir... hace un ruido como de mar... no falla esta respiración para dar sueño... El hombre de la embajada de Euslaquia había dejado el olor de su colonia, de su tabaco, por toda la casa. Nosotros te ponemos el salón para que tú lo trabajes, dijo. La corbata azul parecía de seda. Sí, y dejar los libros de texto, no contar más los centavos. Porque era verdad que Jorgelina tenía amigos de los dos lados. Todos los de la Casa de Euslaquia. Pero también los viejos, las amigas de su madre. Ya venían con ella a darse masajes. Nelia, Rosita, Mariana... ¿Qué cosa de interés para el gobierno podrían tener que decir esas mujeres? No las compromete, no tienen nada que perder, no las puede dañar en nada. Con su propio salón de belleza. Nosotros te ponemos el salón. Mejor que esté cerca de la escuela. Y ahora sí, cada vez que quiera, va a poder volver de visita a su país. Se ve en el avión, volando sobre las olas que parecen tan fijas, como de cemento. Se ve junto a los niños, que miran por la ventana. ¿Ven que está cambiando de color del mar, ven esas líneas verdes, cafés...? ¿Es que ya vamos a llegar?

José Antonio Michelena

La bendita circunstancia del mar

En su poema, leído el 14 de agosto, durante la ceremonia de reapertura de la embajada estadounidense en La Habana, el poeta Richard Blanco eligió el mar como metáfora de unión entre las dos naciones que inician un nuevo camino, entre las personas que, en ambas orillas, sueñan con “el fin de todas nuestras dudas y miedos”.

Ciertamente, el mar, como sujeto, actor, símbolo, escenario, ha estado presente siempre en la poesía cubana. “¿Quién es sagrado Mar/ quién es el hombre/ A cuyo pecho estúpido y mezquino/ Tu majestuosa inmensidad no asombre”, escribió José María Heredia; mientras que Gertrudis Gómez de Avellaneda, “no encuentr[a] delicia ninguna/ como amar y cantar en el mar”.

Por el contrario, Virgilio Piñera dice en “La isla en peso”: “La maldita circunstancia del agua por todas partes/ me obliga a sentarme en la mesa del café./ Si no pensara que el agua me rodea como un cáncer/ hubiera podido dormir a pierna suelta”.

Pero es que “Una isla es una ausencia de agua rodeada de agua: Una ausencia de amor rodeada amor”, según Dulce María Loynaz; y seguidamente pregunta: “¿Qué es un océano?”, para responder: “El mar es sólo un sueño largo/ que está soñando la tierra/ entre soles columpiada/ Es el sueño de la tierra/ dormida sobre una llama”.

De manera que las voces de nuestros clásicos murmuran en el texto de Richard Blanco, quien hubiera nacido en la isla y no en España, si las circunstancias hubieran sido otras para su familia, y hubiera leído más a Ballagas, Lezama, Piñera, o Diego, que a los escritores de lengua inglesa.

Pero la vida, para él, como para muchísimos otros, fue así. Creció lejos de la tierra de sus padres y abuelos, mas estos le hablaron de sabores, olores y colores, y, como la nostalgia también se aprende,

soñó con esa isla, y soñó con un océano compartido donde el sonido de las olas sea un mantra que nos sane por encima del ruido del odio y la amargura.

Muy pocas familias cubanas, tal vez ninguna, en los últimos cincuenta y seis años, ha escapado del dolor por la separación —exilio de por medio— de un ser querido, o un amigo entrañable; o, peor aún, por su trágica pérdida en el mar.

Cada familia tiene una historia de vida distinta, recuerdos distintos, pesares distintos, un espacio en el pecho donde reposan esas personas que no hemos vuelto a ver. Allí están dos de mis tías, cinco primos hermanos,

Claudio Castillo, *Baheros*



una tía-abuela, y una prima segunda a quien quería como una hermana mayor. Unos fallecieron y para otros yo estoy muerto. Ninguna señal, de este lado del mar, es atendida.

No sé si para ellos, los que quedamos aquí, fuimos desterrados de los álbumes de fotos, o, como mi hermano y yo lo hacemos, guardan aquellas imágenes de un tiempo remoto en que los mangos se pudrían en el suelo, jugábamos bajo la mata de mamoncillos y danzábamos todos descalzos bajo la lluvia.

Así como nunca más he visto a esos familiares, igual me ha sucedido con viejos amigos, quienes, a diferencia de los primeros, pueden estar en

Facebook y hasta ser contactos nuestros en la red, pero es como si fueran otras personas, mutantes que sólo muestran sus rostros en fotos.

A todo el mundo no le ha pasado lo mismo. Mi esposa se reencontró con su hermano después de cuarenta y ocho años sin verlo, y aunque estuvieron como media hora llorando, sobrevivieron al encuentro. Mi cuñado, en cambio, nunca más vio a su padre y este murió nombrándolo en el minuto final. Cada familia cubana tiene un arsenal de recuerdos en estos asuntos.

Conozco una señora de 94 años que emigró en 1959 y lo añora todo de Cuba. No hay un día en que no diga que el café de allá no le gusta y que quiere comer comida cubana porque ya sus hijos y nietos sólo comen al estilo americano, y a ella le encanta el plátano maduro frito, el arroz blanco con picadillo, huevo frito y ensalada de aguacate, y se muere por los tamales, el pescado frito, el arroz con pollo y la yuca con mojo. "Lejos de ti la sed y el hambre/ no se sacian/ con halagos de frutas y chorros de agua:/ lejos de ti es la soledad concreta", escribió Juana Rosa Pita en *Carta a mi isla*

(...) el mar, como sujeto, actor, símbolo, escenario, ha estado presente siempre en la poesía cubana.

Tu dulce nombre halagará mi oído!"

Pero ha pasado el tiempo, que nunca se detiene, porque "en el tiempo no se huye", nos dejó dicho en "Cuerpo del delfín" Fayad Jamís, quien, en el mismo poema, deslizó este mensaje: "Un ave transparente, gimiendo, allá arriba construye un nuevo mar./ entre la vieja ciudad y el viejo mar,/ encima de nuestros cuerpos y del muro"; un sueño al que, muchos años después, responde Richard Blanco: "Hoy, el mar sigue diciéndonos/ El fin de todas nuestras dudas y miedos/ Es admirar a los azules lúcidos de nuestro horizonte compartido". (2015).

Claudio Castillo, *Palm by water*

